

Curación de un leproso

En este pasaje, que aparece también en los otros Evangelios sinópticos (Mt y Lc), encontramos un bellissimo ejemplo de una oración perfecta; una muestra de la compasión de Jesús, que está siempre por encima de las restricciones que separan a los seres humanos, y un ejemplo de lo que implicó para Él, hacerse uno con nosotros, asumir nuestra humanidad.

R E V I S I Ó N D E S G L O S A D A D E Mc 1, 40-45;

1, 40 SE LE ACERCA UN LEPROSO

La lepra es una enfermedad que afecta los tejidos y provoca que la persona vaya desfigurándose y perdiendo sus miembros. Como es sumamente contagiosa, a los enfermos de lepra se les retiraba de inmediato de la comunidad.

Hay que considerar que el pueblo judío era pequeño y cuando durante los cuarenta años que pasó en su camino a la tierra prometida, no tenía modo de mantener un nivel alto de higiene, por lo que era fácil que una enfermedad contagiosa se convirtiera rápidamente en epidemia que terminara con muchas vidas. Por ello, la Ley contenía prescripciones muy radicales con relación a la lepra.

Además, según la mentalidad judía, la enfermedad era un castigo por el pecado, así que el leproso era considerado un pecador, impuro por dentro y por fuera, despreciable e indigno de pertenecer a la comunidad.

La lepra era considerada un castigo del cielo (ver Num 12, 9-10), era muy temida (ver Dt 28, 34-35) y se le tenía por incurable (ver 2Re 15, 5).

REFLEXIONA:

En tiempos de Jesús los leprosoos estaban en una situación en verdad desesperada. Lo perdían todo: su familia, su casa, su trabajo, sus sueños y proyectos. Eran arrojados fuera de la ciudad, condenados a llevar una campana y a gritar: «¡impuro!, ¡impuro!» para que nadie se les acercara.

Se les obligaba a seguir los rituales que se usaban cuando alguien moría (ver Lev 13, 45): rasgarse las vestiduras (ver Gen 37, 34); desgñarse los cabellos (ver Esd 9,3) y cubrirse boca y barba (ver Miq, 3,7). En otras palabras, llevaban luto ¡por sí mismos!, eran tenidos por muertos en vida.

Llevaban al cuello una campana que avisaba de su presencia al caminante que sin querer pasaba cerca de las cuevas y lugares despoblados donde vivían. Era un sonido que aterrorizaba y provocaba apresurar el paso por temor de toparse con quienes tristemente eran considerados piltrafas humanas.

Su cuerpo se iba deshaciendo a cachos, lo que les daba un aspecto grotesco y repugnante que hacía que todos les huyeran. Nunca más experimentaban un abrazo, una caricia. Como dijo sta Teresa de Calcuta: la pobreza mayor no es la falta de dinero, sino la falta de amor, la soledad. Eran los más pobres, los más desamparados, los más desesperanzados. Lo que el Papa Francisco denuncia, lo que llama los «descartados» del mundo.

«La lepra iba comiendo sus carnes, y la soledad, su corazón» (Martín Descalzo).

se le acerca

Sucede algo inaudito: que un leproso se atreva a romper el precepto de aislamiento a que estaba obligado, no respete la distancia que debía guardar, y se acerque a Jesús.

REFLEXIONA:

Los leprosos abandonaban toda esperanza. Pero he aquí algo inaudito. Uno que se atreve a alentar en lo más hondo, una esperanza. Era considerado un muerto, pero no estaba muerto, latía todavía en su interior, una esperanza.

Probablemente oyó hablar de Jesús, y aferrado a una esperanza, se atreve a realizar lo imposible: salir del obligado destierro al que lo había condenado su propio pueblo, arriesgarse a todo, incluso a morir apedreado, y con el corazón palpitante y la mirada fija sólo en Jesús, plantársele delante en el camino:

SUPLICÁNDOLE Y, PUESTO DE RODILLAS

A pesar de la audacia de acercarse a Jesús, fruto evidente de que está desesperado por curarse, este leproso se muestra sumamente humilde. Se arrodilla suplicante.

REFLEXIONA:

En su desesperación, el leproso podía haber llegado a aferrarse a Jesús, a sacudirlo por los hombros exigiéndole atenderlo, curarlo, pero no lo hace. Es osado, pero a la vez humilde. Se atreve a ponerse delante de Jesús, pero de rodillas.

LE DICE: ¿SI QUIERES, PUEDES LIMPIARME.ø

Si quieres

Sus palabras muestran que tiene plena confianza en que Jesús es capaz de curarlo. Se pone enteramente en sus manos. ø

REFLEXIONA:

El leproso tiene mil razones para pedir su curación, mil cosas que podría decir para intentar conmovier a Jesús, pero no lo hace. No le grita: ¿debes curarme!ø ni ¿puedes curarme? Decirle ¿si quieresø implica no sólo que Jesús es capaz de curarlo, sino que lo hará si quiere, si es Su voluntad, si considera que es para bien.

Es un ejemplo de oración perfecta.

Ponerse delante del Señor, sabiendo que puede hacer lo que le pidamos. Pero dejarlo a Su criterio, sabiendo que hará lo que mejor nos convenga.

El leproso dice ¿si quieresø dejándole la decisión a Jesús.

Su actitud encierra una gran enseñanza para nosotros.

¡Cuántas veces creemos saber lo que nos conviene! Elucubramos sobre la mejor manera en que se resolvería tal o cual situación, y una vez decidido lo que ¿se debe hacerø nos dedicamos a rezar, a rogar, y a exigir a Dios que haga lo que nosotros decidimos que es lo mejor.

No nos atrevemos a dejarle la decisión a ÉL, y hacemos mal, porque nosotros no sabemos lo que nos conviene, lo que nos conviene para lo que más importa: nuestra salvación.

No siempre gozar de salud, amistades, prestigio y dinero es lo mejor para nuestra salvación. Peo desgraciadamente eso es lo que nos hemos acostumbrado a pensar: que vivir bien en esta vida implica todo eso. Y si algo de eso nos empieza a faltar, sentimos que Dios nos debe algo, que nos ha defraudado, olvidado.

Tenemos que hacer un alto y preguntarnos: ¿hacia dónde queremos ir?, ¿hacia el éxito, el bienestar económico, una larga vida rodeados de comodidades? Si somos cristianos, tendríamos que querer ir hacia donde podamos encontrarnos con Jesús. Salvarnos. Nada más debía importar por encima de eso. Y cuando ésa es nuestra meta, hemos de admitir que nuestra salvación depende de Dios, es un don gratuito que ÉL nos ofrece, y que todo lo que nos sucede, ÉL lo permite para que nos salvemos.

Así, no importa ser ricos o pobres, estar sanos o enfermos, solos o rodeados de gente, lo que sea que nos suceda, puede servir para nuestra salvación.

Debíamos vivir con esa plena confianza, con esa paz.

Se vale que le digamos a Dios lo que queremos, lo que necesitamos, pero aceptando con toda paz, de antemano, que se cumpla Su voluntad, que puede ser muy distinta a la nuestra.

Es lo que hace el leproso.

Podía haber pensado: «llevo años alejado del mundo, sin familia, sin trabajo, sin comunidad, como un muerto en vida, esto no puede ser bueno, Jesús «tiene» que curarme.

También podía haber pensado: «dicen que este hombre hace milagros, pero la lepra es incurable. ¿Podrá limpiarme?»

Incluso, podía haber pensado: «Dios me mandó esta lepra para castigarme, pues no le voy a dar el gusto de quejarme, ni le pido que me cure ni le pido nada, me aguanto, qué me importa.»

Todo eso podía haber pensado, pero no lo pensó.

Simplemente hizo lo que a nadie se le hubiera ocurrido en su caso: arrodillarse ante Jesús en total sumisión, en total aceptación de Su decisión. Ni reclamamos ni dudas, abandono total. Una fe inmensa que no quedará sin recompensa.

REFLEXIONA:

Conozco un caso de un joven que le diagnosticaron cáncer terminal. Después de la primera impresión inicial, se dio cuenta de lo que esto significa para él: tener la oportunidad de abrazar a Jesús, en persona, antes que sus familiares y amigos. Y se puso feliz. Y en su oración daba gracias a Dios.

Pero su madre se rebelaba. Pensaba que Dios le había dado la espalda. No veía que Dios se estaba llevando a su hijo en el momento en que podría irse al cielo, si se le permitiera la expresión, «sin escalas» Ella quería que se quedara (aunque ello pudiera significar que con el tiempo se alejara de Dios, o tuviera problemas o sufriera aquello que Dios le quería evitar llevándoselo ahora).

Esta madre se había considerado una buena cristiana, pero pudo darse cuenta de que su fe era superficial, muy de «buenos tiempos» condicionada a que todo le saliera como esperaba.

¡Cuántas lágrimas podía haberse ahorrado!, y no por la tristeza de perder a su hijo, lo cual es inevitable y normal, sino por la desesperación de estarle preguntando a Dios: «¿por qué yo?» y no hallar respuesta.

Si hubiera aceptado la voluntad de Dios, y en lugar de «¿por qué?» hubiera preguntado «¿para qué?» hubiera vivido aquello de modo muy distinto, preguntándose cómo aprovecharlo para su salvación, qué aprender de esa experiencia, cómo usarla para ayudar a otros que pasaran por lo mismo.

Es difícil aprender a decirle a Dios, como el leproso: «si quieres» Confiarle enteramente nuestras cargas. Él dijo: «*Venid a Mí todos los que estáis fatigados por la carga, y Yo os aliviaré*» (Mt 11, 28).

Aprender del leproso a dejar que Jesús nos libere y nos ponga de nuevo en la tierra de los vivos...

REFLEXIONA:

El leproso tiene puesta en Jesús toda su esperanza, y ¡qué grande es esa esperanza! Es todo lo que tiene en el mundo, lo único que le queda. Nosotros en cambio, ponemos nuestra esperanza en tantas cosas, que se nos olvida ponerla en Jesús. La ponemos en nuestra cuenta en el banco, en ganar más, en que los hijos «se casen bien» en ganar la lotería, en terminar una carrera, en tener una buena vida, y poder pagar, comprar, tener, lo que vayamos necesitando. Esperamos poder llegar a viejos y no tener que usar la famosa línea de emergencia que usa la gente para comunicarse con Dios ante un accidente, una repentina dificultad o una situación angustiosa. Eso es lo único que esperamos.

Pero tener esperanza en Jesús no consiste en pensar: «si llego a necesitarlo, espero que esté allí, pero ojalá no lo necesite»

Esperar en Jesús es confiar en que no nos fallará, ni ahora ni nunca; es comprender que cuanto somos y tenemos se lo debemos a Él; es no temer decirle, como el leproso: «si quieres» es esperar que se cumpla Su voluntad.

limpiarme

Es interesante que no dice «curarme» sino «limpiarme»

Más que su salud, lo que el leproso anhela es poder ser considerado de nuevo «limpio» digno de entrar a participar del culto religioso en el Templo.

1, 41 COMPADECIDO DE ÉL,

La compasión no es sentir lástima, sino padecer con el otro, hacer propios sus sufrimientos, dejar que resuenen en el corazón y lo conmuevan y nos muevan a actuar...

REFLEXIONA:

Jesús se compadece de este hombre desahuciado por sus contemporáneos, del que nadie esperaba nada, por el que nadie hacía nada tampoco.

Algunas traducciones, en lugar de «compadecido» dice: «lleno de ira» No se refiere a que Jesús se enojara con el leproso porque éste se atreviera a presentarse delante de él, sino que su ira era por ver a un ser humano en semejante situación de enfermedad, dolor, aislamiento, sufrimiento, discriminación.

EXTENDIÓ SU MANO,

En el Antiguo Testamento se menciona muchas veces «la mano extendida» el «brazo poderoso» con que el Señor salva a Su pueblo (ver Deut 4, 34; Sal 136, 12), el poder creador del brazo extendido de Yahveh (ver Jer 27, 5; 32, 17.21).

LE TOCÓ

La Ley de Moisés, que consideraba que un enfermo era «impuro» prohibía tocarlo, para no quedar también impuro. Pero Jesús no teme quedar impuro. Está por encima de esas prescripciones que aíslan y separan a la gente. Su santidad es invencible.

REFLEXIONA:

Hay quien piensa que Dios está contento con nosotros sólo si nos portamos bien, pero si no, se enoja y deja de querernos. Y esa mentalidad hace que mucha gente se aleje de Dios pensando: «no soy perfecta» «no he sido bueno» «me he portado mal, y como de seguro Dios ya no me quiere, pues tampoco lo voy a querer a Él»

Pero en este pasaje del Evangelio de Marcos, cae por tierra esa manea de pensar.

Jesús se acerca y toca nada menos que a un leproso, que representa lo más repugnante, putrefacto, asqueroso, de un ser humano. No siente asco ni horror ni sale corriendo ni lo regaña ni hace nada de lo que muchos de nosotros probablemente haríamos.

Jesús mira en ese hombre a una persona en problemas, alguien que está caído y lo necesita, alguien que tiene su esperanza puesta en Él. Y le responde. Se aproxima. Lo toca. Establece un contacto cercano, personal con él.

Y lo mismo sucede con nosotros cuando pecamos, cuando caemos, cuando nos apartamos de la voluntad de Dios. Jesús no deja de amarnos, no nos ve feo, no se aparta disgustado de nosotros.

Se nos acerca, dispuesto a tocarnos, a sanarnos a establecer contacto con nosotros.

No es nuestro pecado lo que nos aparta de Dios, sino no dejarlo acercarse. Creer que ya no nos quiere, y rechazarlo.

Al leproso todos le dijeron que no tenía remedio, pero él no quiso creerlo.

Quizá también le dijeron que Jesús le tendría asco, pero tampoco quiso creerlo.

No dejó que su condición le impidiera acercarse a Jesús.

Nos da ejemplo. Nos enseña a saber que siempre tenemos remedio, y que no debemos dudar de acercarnos a Jesús, porque Él no se aparta de nosotros, y siempre está dispuesto a abrazarnos.

REFLEXIONA:

El del leproso es un caso extremo de discriminación, que nos puede servir para reflexionar en que también en nuestro tiempo tiene lugar una tremenda discriminación.

Se discrimina a otros por lo que se ve. En el caso del leproso, sus llagas, su cuerpo carcomido. En nuestros días, su aspecto, si tiene defectos, discapacidades.

Se discrimina a otros por lo que se oye, por lo que otros dicen. En el caso del leproso, la campana que anunciaba su presencia para que le huyeran. En nuestros días, los prejuicios que se difunden en contra de los demás.

A los discriminados se les arroja lejos. En el caso del leproso, fuera de la ciudad. En nuestros días, fuera de nuestro interés, de nuestro afecto, de nuestra comprensión, de nuestra ayuda.

A los leprosos les arrojaban piedras en lugar de comida. En nuestros días arrojamos palabras duras, hirientes, insultantes. Hacemos chistes.

Todos los días discriminamos. A quien pertenece a cierta raza o condición económica, o no tiene dinero, o no tiene escolaridad, o no tiene agua para bañarse, o no comparte nuestro modo de vivir. Nos llenamos de razones para justificar nuestro desprecio por otros seres humanos. Hacemos juicios sobre ellos sin conocer a fondo su situación, sin haber vivido en su piel, sin haber padecido lo que han padecido. ¡Si por un momento pudiéramos ponernos en su lugar!

Apenas podemos imaginar el dolor que ha de sufrir quien se ve continuamente hecho a un lado, señalado, despreciado, impedido de alcanzar sus sueños, sus metas, verse objeto de burlas, de injusticias, de malos tratos. Y peor aún, cuando ello involucra a su familia, cuando ve que sus viejitos, que sus niños, son objetos de los mismos atropellos y discriminación.

Si lo comprendiéramos, ya no nos reiríamos cuando alguien cuenta un chiste que se burla de otros. No festejaríamos que alguien viva en situación de opresión, de vejación. Se nos revolvería la conciencia.

Y volveríamos la mirada hacia Jesús, y le pediríamos que así como tocó al leproso, nos toque a nosotros, porque las llagas que él tenía, también las tenemos nosotros; él por fuera, nosotros por dentro...

Y LE DIJO: «QUIERO; QUEDA LIMPIO.» 1, 42 Y AL INSTANTE, LE DESAPARECIÓ LA LEPRO Y QUEDÓ LIMPIO.

Jesús quiere sanarlo.

Dios actúa de Palabra y de obra. Dice, y lo que dice, sucede, se hace. (ver Gen 1, 3).

En este caso, mandó que el leproso quedara limpio, y éste quedó limpio «al instante» Se muestra el poder de Jesús, que con una sola orden logró lo imposible: curar a un incurable.

1, 43 LE DESPIDIÓ AL INSTANTE PROHIBIÉNDOLE SEVERAMENTE: 1, 44 «MIRA, NO DIGAS NADA A NADIE,

Uno de los signos de la venida del Mesías, era que los leprosos quedarían curados (ver Is 61, 1-3; 26,19) . Por eso Jesús no quiere que éste hable, para que las gentes no sepan que Él es el Mesías, pues,

como ya se ha comentado antes, estaban esperando un Mesías político que los librara de los romanos, y Él no vino a eso, sino a liberarnos del pecado y de la muerte.

REFLEXIONA:

Jesús no quería que la gente malinterpretara entonces qué clase de Mesías era, y no quiere que lo malinterpretemos nosotros tampoco. Hoy en día hay quien lo considera una especie de «gurú» que les garantizará «parar de sufrir» o que les dará «éxito y prosperidad» etc.

Pero Él no vino a cumplir caprichos ni a darnos lo que nos apegue más a este mundo.

SINO VETE, MUÉSTRATE AL SACERDOTE Y HAZ POR TU PURIFICACIÓN LA OFRENDA QUE PRESCRIBIÓ MOISÉS PARA QUE LES SIRVA DE TESTIMONIO.Ø

Ante la sospecha de padecer lepra, la persona debía presentarse a ser examinado por un sacerdote (ver Lev 13, 2-44; 14, 1-32).

Había casos en que se confundía con lepra alguna otra enfermedad de la piel que era curable. Quien sanaba de la supuesta lepra, también debía de ir a ser examinada por un sacerdote, que daba fe de su curación.

En este caso es un auténtico leproso el que ha quedado milagrosamente limpio de la lepra. Y debe ir a que el sacerdote atestigüe su curación.

REFLEXIONA:

Dos veces se repite la frase «al instante» Nos muestra que Jesús tiene siempre prisa por ayudarnos, prisa por restaurar al ser humano que está caído y necesitado.

1, 45 PERO ÉL, ASÍ QUE SE FUE, SE PUSO A PREGONAR CON ENTUSIASMO Y A DIVULGAR LA NOTICIA,

En algunas traducciones dice que divulgó «la Palabra»

REFLEXIONA:

El ex leproso ha tenido un encuentro personal con la Palabra, y ahora no puede callar. Y el entusiasmo con que lo proclama, seguramente llamaba la atención, le daba credibilidad a su testimonio.

REFLEXIONA:

El antes excluido, ahora se vuelve portavoz de la Palabra, porque permitió que se cumpliera en él la voluntad de Dios.

DE MODO QUE YA NO PODÍA JESÚS PRESENTARSE EN PÚBLICO EN NINGUNA CIUDAD, SINO QUE SE QUEDABA A LAS AFUERAS, EN LUGARES SOLITARIOS.

Se cambian los papeles. Ahora es Jesús el que es obligado a quedarse fuera.

REFLEXIONA:

Esto en cierta medida anuncia lo que sucederá cuando Jesús tome nuestro lugar, cuando sea llevado fuera de la ciudad para crucificarle, cuando tome nuestro lugar para pagar por nuestros pecados.

Y ACUDÍAN A ÉL DE TODAS PARTES.

Ahora, para encontrarse con Jesús, es necesario salir a Su encuentro.

Nuevamente toca Marcos el tema de la universalidad de la salvación: de todas partes acude a Jesús.

REFLEXIONA:

Estamos llamados a imitar a Jesús en esto.

A nosotros también nos salen por todas partes personas que necesitan de nosotros, y que, como el leproso, quizá viven lejos de nosotros, a la orilla de nuestros intereses, y llegan cuando menos lo esperamos o deseamos. Y estamos llamados a imitar a Jesús, que se dejó encontrar, que se dejó aproximar, que no dudó en tocar, en establecer contacto personal.

REFLEXIONA:

Relee el texto bíblico revisado aquí, haciendo Lectio Divina (leerlo despacito, meditarlo, orarlo, es decir, dialogar con Dios al respecto, contemplarlo, dejar que quede resonando en tu interior), y responder con algún propósito concreto.

En especial, esta semana, pídele al Señor que te ayude a ver a quién has de pasar de la lista de indeseables a la agenda de compromisos...